



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

## EDUCAR EN LA ESCUELA Y LA UNIVERSIDAD EN EL ÁMBITO DE LA CULTURA MEDIÁTICA

Por GABRIEL GALDÓN LÓPEZ

Profesor Agregado de Teoría de la Comunicación  
y de la Información  
Universidad San Pablo-CEU

Pienso que la cortesía académica obliga, en primer lugar, a exponer —siquiera sea de modo sucinto— qué es lo que se pretende decir y por qué. Ya que, a veces, el título de la ponencia no puede recoger todos los matices, si se quiere que sea breve.

Pues bien, lo que quiero decir, aunque puede parecer enormemente radical y, desde luego, políticamente incorrecto, es que ni el paradigma informativo vigente ni la enseñanza de la información, tanto en la universidad (formación de periodistas) como en la escuela (formación del sentido crítico ante la información) responden todavía a los criterios y pautas del humanismo cristiano o, si se prefiere, de la tradición católica. Por lo que es perentorio y urgente dar un giro copernicano a la teoría y a la praxis periodística; enseñar esos nuevos contenidos; hacerlo de un modo que se corresponda con la dignidad de las personas y con la grandeza de la labor docente. Para lograrlo es menester que haya cada vez más profesores que, con la ayuda de Dios, con la fuerza de la Gracia, procuren ser sabios y santos y, consiguientemente, actúen como fermento en la masa.

En concreto, en mi intervención de esta mañana no tengo más remedio que limitarme a intentar explicar del modo más claro y breve posible en qué consiste, a mi entender, ese cambio de paradigma. Habrá que dejar para otra ocasión la explicitación de los contenidos que, a mi juicio, hay que enseñar; cuáles son los criterios y modos pedagógicos adecuados al nuevo paradigma, y cuál es, por último, el perfil del profesor humanista cristiano. Si bien aportaré una indicación bibliográfica pertinente.

Pues bien, veamos ya en qué consiste ese cambio de paradigma.

Como algunos de los aquí presentes saben, ya he tratado gran parte de este tema en algunos de mis libros<sup>1</sup>. Por lo que los párrafos que siguen no son más que una síntesis apretada de lo que ya he publicado. Cabe hacer ese resumen en los siguientes 21 puntos:

1. Debido a que en el origen del periodismo moderno la corriente «filosófica» dominante era el positivismo, y esta niega, en definitiva, la posibilidad de alcanzar la verdad sobre todo lo que no sea estricta y materialmente mensurable, la «teoría periodística» dominante, *ab initio* y, desgraciadamente, *ad finem*, se constituye como un *objetivismo* ramplón y falaz que ha conducido a una praxis periodística en la que el aforismo «los hechos son sagrados, las opiniones libres» ha desembocado, inexorablemente, en la triste realidad desinformativa de que «los hechos son mudos» (pues no se explican conforme a razón) y «todas las opiniones valen lo mismo» (pues no hay criterio de verdad)<sup>2</sup>.

2. Esos efectos desinformativos de la praxis periodística dominante podrían resumirse en el «hecho» de ofrecer una visión parcial, artificial y superficial de la realidad, mediante una acumulación de hechos sin sentido, redundantes, homogéneos, trivializados y fragmentarios, en el contexto de una idolatría de la actualidad, en la que se omite lo esencial, se sacraliza la opinión y se constituye un marco idóneo para la verificación del poder ideológico, económico y político dominante<sup>3</sup>.

3. Además, esa «estructura de pecado» —por decirlo con un término propio de la Doctrina Social de la Iglesia— convierte al periodista las más de las veces en un mero técnico, en un operario correveidile, gregario, servil y despersonalizado, ya que le impide la noble tarea de valorar, de juzgar conforme a razón, y de escribir de acuerdo con su saber y su libertad. Y, sin que él sea consciente de ello, le hace ser partícipe de la manipulación de una sociedad cada vez más ignorante de su ignorancia, inmersa en un relativis-

<sup>1</sup> *Vid.*, especialmente, Gabriel GALDÓN, *Desinformación. Método, aspectos y soluciones*, Eunsa, Pamplona, 2001, 3.ª ed.; *La enseñanza del Periodismo. Una propuesta de futuro*, CIMS, Barcelona, 1999, e *Introducción a la comunicación y a la información*, Ariel, Barcelona, 2001.

<sup>2</sup> Cfr. *Desinformación...*, *op. cit.*, pp. 19-26.

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 27-54.

mo atroz y en una supeditación borreguil a los productores de las modas efímeras de la sociedad de consumo<sup>4</sup>

4. Por otro lado, la falsa idea de la *neutralidad informativa*<sup>5</sup>, correlato obligado de la falacia *objetivista*, al ser asumida acríticamente (aunque posiblemente con la mejor voluntad) por una inmensa mayoría de profesores, empresarios y periodistas cristianos, ha impedido a estos ser coherentes con sus propias convicciones y difundirlas<sup>6</sup>.

5. Por el contrario, ese paradigma informativo dominante ha contribuido poderosamente a la instalación en la sociedad, en las

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 55-69. De hecho, y debido en gran parte a la influencia de los medios de comunicación, los versos de T. S. Eliot «¿Dónde está la Sabiduría que hemos perdido en Conocimiento? / ¿Dónde está el Conocimiento que hemos perdido en Información?» se quedan ya cortos en su acertada crítica. Habría que añadir: «¿Dónde está la Información que hemos perdido en Opinión? / ¿Dónde está la Opinión que hemos perdido en Moda?»...

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 71-83.

<sup>6</sup> Desgraciadamente ha sido así, y puede comprobarse de muchas maneras. Ahora bien, para glosar este punto me van a permitir una digresión con connotaciones personales. Leía yo hace unos tres meses el entonces recentísimo libro *Memoria del Beato Josemaría*, Javier Echevarría, Rialp, Madrid, 2000. En las páginas 265-266 cuenta el actual Prelado del Opus Dei que «El Fundador del Opus Dei rechazaba la actitud que reserva la vida cristiana solamente para determinados momentos del día o para determinados momentos de la semana: la fe ha de informar toda la actuación del creyente. A propósito de esta coherencia, recuerdo que, en 1954, la televisión habló de una persona fallecida en un accidente. Monseñor Escrivá de Balaguer se enristeció al comprobar que los comentarios adolecían por completo de sentido cristiano. Al terminar el programa, nos confió: «*Con mucha frecuencia, vemos, y no me parece mal, que personas de otras religiones las profesan externamente, delante de todos los demás: unos se arrodillan en dirección a La Meca; otros llevan unas vestiduras y asumen unas costumbres que incluso pretenden imponer a los demás... En cambio, nosotros, los católicos, tantas veces nos quedamos conformes sin hacer nada. ¿Dónde se ha ido la fe de Cristo? ¿Dónde se ha ido la fe que decimos que profesamos?*» Y con una voz más terminante, concluyó: «*No, no! hemos de ser siempre valientemente consecuentes; hemos de dar la cara por Dios, porque de toda actividad y de toda palabra el Señor, en justicia, nos pedirá estrecha cuenta, ya que tiene derecho a que nos comportemos como hijos suyos y a que la gente sepa que somos y queremos ser hijos de Dios.*» Tras su lectura, además de pedir al Espíritu Santo que me ayudara a seguir luchando por «los derechos de Dios», me acordé de un suceso muy parecido que me ocurrió hace varios años. Leía en un diario la crónica del fallecimiento de una importante personalidad, escrita por un periodista que yo sabía que era católico practicante. Eché en falta, con gran tristeza, que no hubiera ningún comentario que, al menos, aludiera a la trascendencia del hombre... En ese momento, entró en el despacho otro profesor de Periodismo, también católico practicante, y le expuse mi pesar. Su contestación fue del siguiente tenor: «¿Cómo va a hablar de eso si está dando una noticia y se tiene que ceñir a los hechos?! Si quiere opinar, que escriba un editorial». Y me miró con una mirada que decía: «¿Acaso no sabes el abecé del Periodismo?». Yo pensé, con el corazón entristecido y la inteligencia herida, que cómo era posible que tantos católicos hubieran hecho de una teoría periodística sin ninguna consistencia científica, y más falsa que Judas, un dogma de fe. Y de su fe (que o se considera verdadera o no es fe) una mera opinión...

mentes de los ciudadanos, de sus propios falsos postulados. Fundamentalmente, y junto con la superficialidad banal, la *opinionitis*, el *presentismo* y la fragmentación del saber en un caleidoscopio inmenso de conocimientos fútiles, ha impuesto un relativismo e indiferentismo cínico ante la verdad, al que podríamos denominar «síndrome de Pilatos», que es actualmente, como lo fue en su momento, el juez más inapropiado para entender el contenido de la civilización humanista cristiana<sup>7</sup>.

6. Asimismo, y con el relativismo como puerta y camino, pero convertido en dogmatismo sectario en su proceder, ese paradigma informativo ha servido para que, por un lado, la prensa laicista y la libertaria hayan manipulado a su antojo la información y, en concreto, la hayan utilizado como un arma contra la religión católica<sup>8</sup>, y, por otro, los empresarios de los medios hayan convertido la información en mera mercancía de consumo, sujeta solo a los imperativos del mercado, aunque disfrazada de comunicación<sup>9</sup>.

7. Se hace, pues, necesario y urgente dar un giro copernicano a la teoría y a la praxis periodística convencional, si queremos conseguir una sociedad justa, libre y solidaria, donde los valores humanos y cristianos (que en realidad son una misma cosa, pues, como ha repetido Juan Pablo II hasta la saciedad, «La verdad sobre el hombre es Cristo») impregnen de nuevo el tejido social; esto es, si queremos contribuir a la recristianización de la sociedad que nos propone el Santo Padre en los umbrales del tercer milenio.

8. Ese giro copernicano debe comenzar por el abandono, de una vez por todas, de los mitos, clichés y falacias del objetivis-

<sup>7</sup> Junto a lo que se dice en *Desinformación...* sobre estos aspectos, merece la pena leer detenidamente bajo esta perspectiva las encíclicas de Juan Pablo II *Veritatis Splendor* y *Fides et Ratio*, así como el reciente documento *Ética de la Comunicación* de la Comisión Pontificia para las Comunicaciones Sociales. Además, es de una excepcional agudeza y rotundidad el análisis del Cardenal RATZINGER en *Verdad, valores, poder*, Rialp, Madrid, 1998.

<sup>8</sup> Vid. El magnífico artículo de Juan Luis LORDA, «La Desinformación Religiosa», *Ecclesia*, n.º 2.982, 29 de enero de 2000, pp. 138-140.

<sup>9</sup> El que la información y la comunicación no se pueden valorar conforme a los criterios únicos del mercado es una de las denuncias más claras del documento *Ética de la Comunicación* anteriormente citado, así como de las últimas alocuciones de Juan Pablo II con motivo de las Jornadas Mundiales de la Comunicación. Coinciden en esta crítica destacados intelectuales, incluso no cristianos. Este es el caso, por ejemplo, del profesor y periodista Ignacio RAMONET en varios de sus libros. Vid. entre otros, *La tiranía de la comunicación*, Ed. Debate, Madrid, 1998.

mo <sup>10</sup>, y por establecer la criteriología, los conceptos y los métodos apropiados que conduzcan a la construcción de un nuevo paradigma informativo que haga justicia a la verdad sobre el hombre y la sociedad, es decir, que dé razón cabal de las realidades humanas <sup>11</sup>.

9. Hasta el propio Cardenal Ratzinger quiso en su momento poner énfasis en estos puntos, al escribir que:

*«No existe en absoluto una noticia puramente objetiva. Incluso la fotografía, con la que supuestamente se descubrió la posibilidad de una objetividad que excluía cualquier huella del sujeto, contiene una cierta interpretación, aun cuando eliminemos las múltiples posibilidades de manipulación que ofrece. Ello se debe a que la fotografía implica siempre una cierta posición de las cosas, una elección, una separación y una u otra iluminación. Por todo ello es también interpretación. Nuestra exposición es también, sin excepción posible, una elección. De ahí que la noticia esté siempre interpretada, aun cuando solo sea por lo que se omite, por lo que no se dice. Ello significa que la técnica de la información sin la ética de la información es inhumana. Debemos preguntarnos, pues, si acaso no nos hemos convertido en gigantes de la técnica permaneciendo, al propio tiempo, párvulos en ética, especialmente en ética de la información»* <sup>12</sup>.

10. También en esta cuestión estoy plenamente de acuerdo con lo expresado por el Cardenal Ratzinger. Es más, tras muchos años de estudio, reflexión y oración, no solo llegué a la conclusión de que sin ética no había propia y verdadera información, sino que vi que el núcleo de la información era la ética. Esto es, que la naturaleza del periodismo era la de un saber práctico de índole prudencial <sup>13</sup>.

11. En concreto, en su momento, y tras desarrollar el estudio de todos los elementos que componen el periodismo, desde su

<sup>10</sup> Ya Theodore GLASSER, en 1984, clamaba por la necesidad urgente de «liberar al periodismo del fardo del objetivismo; demostrar que es más una costumbre que un principio, un cliché más que una norma válida. Y poner de relieve que la objetividad es sobre todo un asunto de eficacia. Eficacia que sirve solamente a las necesidades e intereses de los propietarios de la prensa, no a las necesidades e intereses de redactores con talento ni a las del público» (*Objectivity Precludes Responsibility. The Quill*, febrero de 1984, p. 16). Hoy día la petición de Glasser está más que suficientemente atendida. Tras *Desinformación...*, y las diversas demostraciones posteriores, realizadas desde diversas perspectivas de enfoque, por autores como Bettetini, Fumagalli, Canel, González Gaitano, Muñoz Torres o Núñez Ladeveze, aferrarse al objetivismo es ya tan solo una cuestión de voluntad de poder, o de comodidad, rutina, inercia o supina ignorancia.

<sup>11</sup> Esa ha sido la tarea abordada en la tercera parte de *Desinformación...*

<sup>12</sup> Joseph Card. RATZINGER, *Cooperadores de la verdad*, Rialp, Madrid, 1991, pp. 287-288.

<sup>13</sup> *Vid. Desinformación...*, op. cit., pp. 237-245.

finalidad a sus «actores»<sup>14</sup>, escribí que el periodismo es una *actividad intelectual y moral práctica en la que la prudencia sintetiza, ordena y dirige las acciones directivas, gnoseológicas y artísticas, y las aptitudes y actitudes que la fundamentan, tendentes a la comunicación adecuada del saber sobre las realidades humanas actuales que al público le es necesario o útil saber para su actuación libre en sociedad*<sup>15</sup>.

12. Tal actividad puede realizarse desde diversas perspectivas, desde diversos enfoques hermenéuticos, epistemológicos y antropológicos, siempre que respeten el valor inherente del saber —que no puede ser ni mera acumulación de datos sin sentido, como ya dijimos, ni basarse en la mentira—; el valor de la persona humana —y, por tanto, no cabe el que sea tratada como mero técnico (en el caso del informador) o como mero consumidor (en el caso del destinatario)—; el valor de la prudencia, que no puede reducirse a mera astucia calculadora al servicio de unos intereses económicos o políticos de dominio y poder; y el valor de la libertad, que no es una esencia autónoma y absoluta, carente de finalidad.

13. Pues bien, los cristianos sabemos (y, si existieran, también cualquier extraterrestre que, dotado de discernimiento, observara la historia de nuestro mundo) que solo desde el humanismo cristiano puede darse razón cabal y completa, excelsa, de la profundidad, unidad y sentido del saber; de la hondura, dignidad y trascendencia del ser humano; de la fuerza y significado de la prudencia como síntesis activadora y rectora de las diversas virtudes intelectuales y morales al servicio del bien propio y ajeno; y de la esencia de la libertad (don de Dios), de su fundamento (la verdad), de su correlato inherente (la responsabilidad) y de su finalidad (el bien, la justicia, la verdad como conquista y la paz).

14. Por tanto, el nuevo paradigma, en su primera y primordial dimensión, no consiste en otra cosa que en la realización del periodismo natural por parte de los cristianos verdaderamente creyentes y coherentes, esto es, que se esfuerzan por realizar esa actividad uniendo su razón y su fe, sin miedo a abrir de par en par las puertas de la información a Cristo<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 233-236

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 244.

<sup>16</sup> Resuenan aquí de nuevo las palabras que ha repetido Juan Pablo II hasta la saciedad, desde el inicio de su Pontificado hasta estos días pasados en que las volvió a repetir con extraordinaria y asombrosa fuerza en el Jubileo de los jóvenes. Y es que, para un cristiano, no hay neutralidad posible. Al menos que queramos impedir que la Luz que vino al mundo no ilumine las realidades temporales y, por tanto, no solo dejemos de ser

15. El verdadero periodismo, que es el periodismo verdadero, como cualquier actividad propiamente humana, tiene por su origen, naturaleza, objeto y fin una evidente y palmaria dimensión religiosa —solo natural en el caso de ser realizada por los no cristianos; natural y sobrenatural en el caso de ser realizada por cristianos—. De ahí que no haya un concepto específico de periodismo católico, distinto al de periodismo a secas. Ahora bien, ese concepto de periodismo que veíamos en un punto anterior, al ser vivificado por la sabiduría cristiana, puede ser más explícito, más concreto, menos genérico, más claro, más preciso y completo.

16. Este concepto podría formularse del siguiente modo: el periodismo, para un cristiano, consiste en *la contribución al bien, la paz, la justicia, la libertad y la solidaridad de los ciudadanos, mediante la comunicación adecuada de un saber verdadero, dotado de su prístino sentido humano y cristiano, sobre las realidades humanas y divinas actuales y perennes que necesitan conocer y recordar.*

17. Ese periodismo humanista-cristiano tiene dos facetas fundamentales. Por un lado, la comunicación adecuada (explicación razonada y sintética de los aspectos nucleares y significativos, realizada con claridad y arte) de un saber verdadero (documentado y significativo) de las realidades humanas que van compareciendo en el acontecer cotidiano y que en razón de su importancia para el hombre y la sociedad deben ser comunicadas socialmente y juzgadas conforme a criterios cristianos, haciendo comparecer las razones de su bondad o maldad para el hombre y la sociedad. Y, por otro, la comunicación adecuada, haciendo interesante y bello lo bueno, de los contenidos perennes de la doctrina cristiana y de su puesta en práctica por los cristianos en sus múltiples manifestaciones.

18. Ambas facetas son igualmente necesarias e importantísimas, y constituyen una tarea ilusionante a la que nos anima continuamente el Magisterio de la Iglesia, como ya saben <sup>17</sup>. Además,

cristianos sino que, con el nombre de cristianos, vayamos contra Cristo. Al encarnarse, asumiendo la naturaleza humana, al trabajar y predicar, y, sobre todo, al morir en la Cruz, al redimir el mundo desde lo alto del madero, Cristo lo atrajo todo hacia Él, como predijo (cfr. Jn, XII, 32). Por lo que, desde entonces, nada humano puede permanecer en una zona neutral, opaca, oscura a Su Luz, no bañada por el agua vivificante de Su doctrina, de Su Verdad y de Su Amor. Nada puede ser indiferente, ya que la eficacia del Sacrificio Redentor alcanza a toda la naturaleza humana y, a través de cada cristiano, a todas las actividades humanas... Y el Periodismo parece ser una de ellas...

<sup>17</sup> En este sentido, merece la pena volver a leer y meditar el discurso de Juan Pablo II en el Jubileo de los Periodistas, así como el documento ya citado «Ética de la Comunicación».



como ya hemos visto también, suponen dotar de plenitud, de su verdadero sentido y finalidad, al periodismo. Lo expresaremos de nuevo con unas palabras del Cardenal Ratzinger:

«El periodismo tiene sentido únicamente si es bueno conocer la verdad. Solo puede ser una efectiva profesión si existe una verdad que es buena. En ese caso es justo y necesario ayudar a que se manifieste. La confianza fundamental en la existencia del bien y en la necesidad de contribuir a extenderlo no impide el trabajo del periodista. Es más bien, lo único que lo hace posible: debe ser la columna de un auténtico ethos periodístico (...). Su fundamento más hondo y su más grande confirmación se halla en la figura de Cristo. Él es el que nos da confianza. Tanto valor tenemos para Dios que Él mismo se hace hombre. El *Ecce homo*, que hoy día se manifiesta por lo general solo en caricaturas, logra en Él su verdadero sentido. En la actualidad *Ecce homo* significa por regla general lo siguiente: ahí podéis ver de nuevo a ese sucio ser. Pilato, el escéptico, quería decir también algo semejante. Mas, sin quererlo, descubrió algo muy distinto: el hombre es de un modo tal que la presencia de Dios brilla entre nosotros en este rostro. Así pues, hemos de intentar una y otra vez mirar al hombre, pero no con la mirada de Pilato, sino con la del mismo Jesús. Haciéndolo así servimos a la verdad y a la humanidad, a la naturaleza humana del propio hombre. Necesitamos, sin duda alguna, valor para denunciar abiertamente las irregularidades y para urgir a una mejoría de la situación. En nuestros días necesitamos todavía con más urgencia si cabe el arrojo para hacer visible el bien en el hombre y en el mundo. Solo así podremos dar valor a los hombres para consigo mismos, para la existencia, sin el que cualquier otro coraje se hunde en el vacío»<sup>18</sup>.

19. A la luz de todo lo anterior, puede columbrarse fácilmente que el inicio del camino que conduzca a esa renovación y recreación del periodismo debe ser el de que todos los que participamos en el mundo de la información (profesores, investigadores, directores, redactores, empresarios y receptores activos) renovemos nuestra confianza en la razón con el deseo de hacerla rendir en la búsqueda de la verdad y el bien<sup>19</sup>; vivamos de verdad de nuestra Fe en Dios, en Su Verbo Encarnado y en Su Espíritu de Verdad y Amor, tanto en el aspecto de confiar plenamente en la eficacia de su ayuda en todas nuestras tareas, como en el de la convicción de que es Dios el mayor bien para el hombre y para el mundo<sup>20</sup>; pidamos la humildad necesaria para reconocer nues-

<sup>18</sup> Joseph Card. RATZINGER, *Cooperadores de la verdad*, op. cit., pp. 288-289.

<sup>19</sup> Cfr. JUAN PABLO II: *Fides et Ratio*, n.º 5

<sup>20</sup> El alejamiento de Dios quiebra interiormente las profundas aspiraciones del hombre y oscurece la verdad sobre la vida humana y el mundo (cfr. Concilio Vaticano II: *Gaudium et Spes*, n.º 13). De ahí las muchas y evidentes desventuras que proceden del intento

tros errores, infidelidades, incoherencias y lentitudes, y purificados con ese arrepentimiento al que nos anima la Iglesia en los umbrales del tercer milenio, hacernos capaces y dispuestos para afrontar todos los cambios, todos los esfuerzos, todas las tentaciones y dificultades que esas tareas llevan consigo <sup>21</sup>.

20. Y la tarea primordial, por frontal, es la de renovar radicalmente y en profundidad las facultades universitarias de inspiración cristiana donde se enseña periodismo. Desde los contenidos y exigencias de cada una de las asignaturas, hasta los criterios y métodos pedagógicos, la organización y estructura, los cursos de doctorado, la atención a las personas, la jerarquía y prioridad de las investigaciones... <sup>22</sup>. Solo así podrán formarse profesionales con sentido antropológico y ético, realista y crítico, histórico y documental, lingüístico y retórico, con vocación de *«servir a la persona humana a través de la edificación de una sociedad fundada en la solidaridad, la justicia y el amor, a través de la comunicación de la verdad sobre la vida humana y su plenitud final en Dios»* y con la *«convicción (y la capacidad) de ser al mismo tiempo auténticos cristianos y excelentes periodistas»* <sup>23</sup>.

21. Junto a esa tarea, es también una necesidad perentoria y urgente, como nos ha vuelto a recordar el documento *Ética de la Comunicación*, asumir de una vez por todas el desafío de la formación del sentido crítico de los destinatarios de la información. Labor que requiere la conjunción de diversas instituciones y un coraje especial para afrontarla, y que también *«debe experimentarse como una tarea, en cierto sentido, sagrada, ejercida con la conciencia de que se nos confían los poderosos medios de comunicación para el bien de todos, en particular para el bien de las capas más débiles de la sociedad»* <sup>24</sup>.

de construir un mundo sin Dios, ya que —en palabras de Pablo VI en la *Populorum Progressio* (n.º 42), «ciertamente el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero al fin y al cabo, sin Dios no puede menos que organizarla contra el hombre».

<sup>21</sup> Cfr. JUAN PABLO II: *Tertio millennio adveniente*, n.º 33

<sup>22</sup> Cfr. mi libro, ya citado al comienzo: *La enseñanza del periodismo. Una propuesta de futuro*. Si bien es una primera aproximación a la solución de este reto, necesitada de ulteriores estudios y análisis, pienso honradamente que puede suponer una valiosa ayuda para afrontarlo.

<sup>23</sup> Como habrán recordado, estas palabras pertenecen al discurso de Juan Pablo II en el Jubileo de los Periodistas.

<sup>24</sup> *Ibid.*

Precisamente este último punto fue el que glosé el año anterior en este mismo foro <sup>25</sup>. Por lo que, ahora, me correspondería explicar el anterior, esto es, la formación universitaria de los periodistas. Pero el tiempo corre y, de hecho, creo que ya he agotado aquel del que disponía. Así que, como ya anticipé al principio, los remito a lo que he expuesto en el libro *La enseñanza del periodismo. Una propuesta de futuro*.

Muchas gracias por su atención y que Dios los bendiga.

<sup>25</sup> Vid. Gabriel GALDÓN, «La educación del sentido crítico ante los medios de comunicación», en *Educación para una nueva sociedad*, B.A.C., Madrid, 2001, vol. II, pp. 135-139.